

Héctor Fuenzalida.

CUENTO DE VERANO

II

YO me solazaba en un denso aburrimiento, en un tedio orgiástico, que de pronto, se transformaba en un hondo y desconocido placer. Sin lograr entender el origen de aquellos acontecimientos, mi inteligencia huía de allí, y con la mirada prendida en la llama de las bugías, escuchaba como en el aposento de otra vida, el murmullo del salón, tan distante como el de un lejano río en la noche. Sólo cuando se elevaba la voz de Madame escuchaba, como esperando una revelación, y mi corazón, de súbito angustiado, se expandía como ante un prodigio.

Porque, lo confieso, su voz me llenaba de nostalgias, que asociaba fugitivas imágenes, sin lograr atraparlas, y en medio de las cuales veía destacarse una ciudad entrevista en un grabado, llena de luz y movimiento. Yo soñaba dolorosamente con indolencia. Detestaba a los hombres que iban allí. No me hallaba parecido a ninguno de ellos: tenía la voz espesa, su ingenio era grosero y mordaz; encontrábalos excesivamente audaces y torpes.

En aquel salón se pretendía jugar para la beneficencia, y apenas si se habían tocado los naipes. Se hacían juegos de prendas. Los caballeros que a veces andaban a gatas por el salón, disimulando el eructo, que les producía el estofado, tenían la obligación de pagar su juego con dinero, que se iba acumulando para el hospital, orgullo de la ciudad. Estas escenas regocijaban a la gente que estallaba en sinceras carcajadas. Entretanto, Mme. recogía las dádivas y las bromas y respondía a ellas vivamente, con soltura, lo que muchas veces obligaba a los caballeros

a redoblar su grosería y su generosidad, que marchaban a parejas. A menudo yo me preguntaba:

—¿Cuál es su objeto? ¿Sólo desea ayudar a los pobres?

Pero, poco a poco, fui convenciéndome que toda aquella reunión estaba organizada por el hotelero. M. Simon, muy hábil en sus negocios tenía una vena sentimental: ayudar a los pobres. M. Simon vivía en un perfecto equilibrio de sus intereses y su corazón, y Madame, sin duda, estaba encantada de prestarle ayuda. Su hotel llegaba a ser con esto, el rendez-vous de toda la gente del pueblo, y el mejor mercado para los negocios de Madame. Es este razonamiento el que hizo variar mis actos y sentirme algo más hombre.

Madame recibía en las tardes señoras y caballeros pobres. Era cuestión de minutos: atendía consultas acerca del destino y solucionaba las dificultades del vestuario elegante y barato; después se entregaba a los afanes de una nutrida correspondencia. Esto parecía desazonarla demasiado. Yo ya había observado que a las personas de fácil charla les es muy difícil escribir correctamente. Escribía en la mesa del comedor, doblando el mantel por la mitad. Mientras escribía se asía desesperadamente la cabeza y con un gesto de enojo encantador iba hallando las expresiones difíciles, que caían de su cabellera agitada, como de un árbol maduro sacudido con violencia. Había frases que le demandaban minutos de intensa concentración intelectual. con la vista obstinada en las cuartillas, urgaba hasta dar con el giro que luego estampaba con una letra rapidísima. No sin extrañarme noté un curioso cambio en Madame. A menudo llamaba a un criado a quien impartía una orden lacónica que la dejaba inquieta mientras no volviese. Su actitud se había como dignificado, humanizado, y parecía una perfecta dama caritativa con la gente del servicio. Vestía de ordinario para esta sencilla ceremonia íntima una bata de crepé rameado; parecía modestísima, su aspecto brusco había desaparecido y sólo las rápidas órdenes a la servidumbre, la misteriosa correspondencia, era lo que desazonaba la sobriedad, el ritmo perfecto de actos, facultades y actitudes en que envolvía su hermosa calidad, a cuyo alrededor yo sentía alentar «el más gozoso aire».

Después se perdía. Yo traginaba unos instantes todavía por allí. En la noche reaparecía en el salón perfecta, erguida, acabada. . .

Hubo un suceso gentil. Madame cantaba. Ya he dicho que lo menos importante en aquellas reuniones era hasta entonces el juego. Pero el canto atrajo más público. Vinieron muchas señoras. Las toilettes se remataban en la noche, y este aconteci-

miento daba margen a calurosos y cordiales comentarios. Se llegó a jugar finalmente con interés. Madame decía con un acento encantador:

—Hay que darle la suerte a los pobres. . .

Se oía en un extremo, en los grandes silencios del juego, el gri-gri insolente de un grillo bajo la alfombra. El reloj de pesas daba una hora.

Yo relegado al más completo olvido, después de hallar aquel artefacto, entretenía mi injustificada presencia allí, haciendo gritar el pobre fonógrafo de cilindros, tan abandonado, tan ridículo como yo.

El humo y la fragancia que nublaba los viejos espejos, enervaba mis sentidos.

Quise, después, huir de aquellas reuniones, pero Madame me exigió que volviera a frecuentarlas. Sus ojos violetas se clavaron profundamente en mis pupilas, y, por primera vez sentí la fuerza de una voluntad que simplificaba y ordenaba la caótica maraña de mis ideas y sentimientos.

A menudo oía decir a las damas apartadas en un extremo:

—¡Es encantadora. . . Qué cutis más precioso!. . .

¡Inefables palabras provincianas!

Por que lo más admirable es que Madame, una mujer ignorada, se hizo querer pronto de las demás mujeres, a pesar de que se comenzaban a murmurar algunas especies de ella. Estas especies me revelaron detalles sugestivos, que lejos de hacerme perder la estimación que le profesaba, sólo consiguieron duplicar mi interés por ella. Madame sufría de insomnio y empleaba dos horas en hacer su toilette nocturna. Hasta altas horas de la noche, veíase filtrar, al través de los intersticios de la puerta, una luz roja de aquelarre. Madame era una *mujer de mundo* que disimulaba los años con el arte inimitable de la mujer madura, y hacía violentos ejercicios, forrada de toallas, para conservar la línea. Madame no era francesa ni era creyente, pero la política de sus asuntos la hacía aparecer como una extranjera muy observante. Madame fumaba secretamente cigarros puros y remojaba la garganta con bebidas espirituosas que llevaba en sus baúles. Madame, excesivamente rica y dadivosa, no se dejaba ver sino por los criados a los que embromaba y tuteaba como amigos. No obstante las murmuraciones de aquellas honorables señoras, a quienes Madame contentaba con infinitas argucias y delicadezas, yo notaba en ellas un sólo deseo secreto: rejuvenecerse. Sus rostros reflejaban malicia y respeto, y a mi modo de ver el talento de Madame estaba muy por encima de la envidia femenina de sus congéneres. Ellas respetaban su co-

mercio, su audacia, su insolencia, y, sin ponerse a su nivel, llamábanse sus amigas, con el fin de aprovechar sus conocimientos.

Yo la admiraba sin estudiarla, porque vivía una edad que quiere emociones y ama lo absurdo, lo complejo, lo barroco.

III

Después de esta declaración, Elgar se detuvo unos instantes. Le incomodaba ya la antigua postura en su sillón de peluche, y empezó a pasearse por la pieza. Partió un limón, y estrujó unas gotas en un vaso de agua que bebió con deleite. La lluvia azotaba incesantemente los cristales, y a veces, abatida en locos vaivenes, proyectaba sobre el flanco, una ruidosa granizada que nos hacía estremecer. La actitud de Elgar había cambiado. Estaba visiblemente nervioso, y sus ojos dominantes, cargados, oscuros, se quedaban, de cuando en cuando, fijos en uno de nuestros rostros, y sentíamos algo como una acusación sobre la conciencia. Nos preguntó si nos aburría el relato, y dirigiéndose a M. Simon, le pidió excusas por haber hecho alusión a aquellos recuerdos. Juró ser breve, y dejando el vaso sobre la bandeja, continuó:

—Llegado este momento, voy a relatar algo que ocurrió en esos días y que creo de interés.

Recibí una de aquellas mañanas un ramo de flores que me enviaba Madame Leblanc, para recordarme que estábamos a 1.º de Noviembre. No recuerdo porqué, en aquellos días no la había visto, y esto me tenía muy inquieto, pues me había habituado a su trato, a sus consejos, a sus exabruptos, que me los prodigaba con una delicadeza (porque no llamarla ternura) inimitables. Salía, muy alegre, con mi ramo de flores, cuando M. Simon me detuvo y me preguntó con cariñosa severidad qué relaciones teníamos con Madame. Yo le respondí muy extrañado que ninguna. El me agregó desfavorido:

—Madame se va, señor Elgar.

Estas palabras me sorprendieron.

—Supongo que su viaje no es culpa mía. Y agregué: ¿Se juega esta noche?

—Sí, señor Elgar,—me respondió,—se juega por última vez y se canta.

Volví del cementerio donde deposité unas peonías a tía Rosa Carmela. Me sentía inquieto y profundamente preocupado y me encerré en mi cuarto. Leía, leía, sujeto a las páginas por la necesidad de distraer mis pensamientos. Todo en mi cabeza se

complicaba, hasta el punto que, llegado ciertos momentos, me veía obligado a salir a la calle, a pesar de que el pueblo ya no me interesaba nada. Ahora sabía algo que me aterrorizaba y que me llenaba de zozobras: estaba pensando demasiado en Madame: ¿amaba a Madame? Escribí una carta a mis tías en que me esforzaba en exponer un estado de ánimo optimista. Les decía cómo por la intervención de una mujer angelical, había encontrado el viejo reloj de pesas de mi familia. Mi estado de ánimo, a pesar de mis esfuerzos, fué empeorando y a las seis de la tarde era éste: al mismo tiempo que sentía un amor desenfrenado por Madame, experimentaba las primeras dudas acerca de su persona. Y debo confesarlo, mis dudas eran terribles, inhumanas, aunque nada había notado, hasta entonces, que perjudicara su moralidad.

Recibí la visita de M. Simon en la tarde. Pude notar que traía el ánimo tranquilo y decidido del hombre encargado de cumplir una sentencia. Pero no. M. Simon venía sólo a decirme que mi salud era una de sus más serias preocupaciones, añadiendo que conocía y estimaba a mi familia desde hacía algún tiempo. Yo que hasta este momento permanecía acostado, me incorporé bruscamente del lecho y me atreví a formular una pregunta que nunca había cristalizado en mi garganta:

—¿Ud. conoció a mi madre?—le dije mirando con honda simpatía su rostró picado de viruelas.

El sonrió y me repuso ofuscado:

—Conocí y aprecié a toda la familia de su padre, señor Elgar, que era de este pueblo.

Su discreción obligaba tal vez a guardar el nombre de mi madre. Terminó:

—Vengo a ofrecerle una oportunidad para veranear. Tengo instalado un hotel con veinte piezas a orillas del Colorado, en una región hermosísima, con baños termales, llena de atractivos. Quiero saber si Ud. me favorecerá. Le tengo reservada una pieza espléndida con vista a la Quebrada de Camarones.

Yo le repliqué:

—¿Sabe Ud. donde se va Madame?

—Eso no se sabe, señor Elgar. Nadie ha podido seguir todavía sus huellas. Sus negocios la llevan a diversas localidades con mucha premura, y no vuelve nunca donde ha estado una vez. . .

M. Simon hacía ademán de retirarse. Yo le retuve:

—Ud. no la ha visto nunca antes, en otra ocasión?

M. Simon me repuso:

—No. Y añadió: Habla admirablemente el francés.

—Ya sabía que no era francesa. . .

—Ud. verá qué paisajes!—continuó M. Simon. Tengo plantados quince mil eucaliptus que prosperan admirablemente y que hacen de la región un lugar sin rival para convalecer.

—M. Simon,—le dije. Yo no soy un enfermo.

El hizo un gesto vivo.

—Oh! Yo no he dicho eso. A Ud. tal vez le sobren energías. . .

No entendí la alusión, y, de pronto, recordando algo, le pregunté:

—¿Canta esta noche Madame?

M. Simón desde la puerta me repuso:

—Robledo canta esta noche a la guitarra. . .

¿Quién era este Robledo? Voy a explicarlo.

No sabría decir cómo apareció allí. La gente le había visto por las calles en esa actitud sobradamente desencantada y aburrida con que recorren nuestros pueblos, los cómicos, los periodistas de vacaciones y los extranjeros. Se decía mexicano; sin explicarse la causa de su presencia en la ciudad la gente le creía turista o comerciante; él absolvía todas las preguntas oponiendo con una sonrisa estereotipada, sus respuestas ágiles y cargadas de cinismo que desconcertaban a todos. Madame había dicho que aquel extranjero cantaba hermosas canciones de su tierra. ,

Robledo cantó aquella noche. Colocado al medio del salón velaba la voz en los agudos y rasgueaba la guitarra con violencia, en las notas nasales que eran sus favoritas. Estaba materialmente cubierto de pastas. Su nuca blanquísima, afeitada, era la concentración de las miradas furtivas de las damas que disimulaban las toses y los suspiros. Había momentos en que su persona exhalaba hálitos de seducción. Sus dientes, sus pupilas, sus cabellos, brillaban. Pero, en resumen, el hombre era viejo. Madame, entre los asistentes, escuchaba con las manos cruzadas sobre la falda, con una vaga sonrisa irónica en sus labios. Se propuso que cantaran a dúo, pero ambos protestaron que no se avenían sus registros.

A la hora del juego, jugué como un loco y perdí dinero.

Aquella noche quedamos un momento solos. La gente acababa de abandonar el salón, y Madame sin darse cuenta tal vez que yo estaba allí, afirmó una mano que apretaba un pañuelo de batista, al borde del tapete verde, aun abierto, poblado de naipes que conservaban, en sus actitudes, el orden disperso de la batalla. Con la cabeza inclinada, reflejando un cansancio supremo, estuvo unos largos minutos. Yo observaba el relieve de su figura por un reflejo de la luz colocada sobre su cabeza. Sus cabellos eran castaños; su nuca estaba irisada de un vello fugaz y dorado; su busto era soberbio y apenas podía contener su res-

piración profunda. Se desprendía de su persona, eso que traiciona todos los vestidos: la desnudez.

Di unos pasos hacia la puerta porque sentía unos violentos deseos de acercarme y acariciarla. Pero ella, al sentir que me alejaba, se volvió y me dijo:

—Acompáñeme... Tengo miedo...

Al llegar al patio que conducía a la escalera de los dormitorios, se detuvo mirándome con ojos lacrimosos:

—Ud. juega como un niño,—murmuró. Ha estado a punto de perderlo todo. En sus antepasados deben haber jugadores.

—Sí,—le respondí. Mi bisabuelo, gran jugador, jugó una carta histórica arruinando a todas sus generaciones.

Me pareció que de pronto ella me apretaba el brazo y dejaba caer dulcemente su cuerpo sobre mi hombro. Fué un instante de zozobra deliciosa. Subíamos lentamente la escalera. Yo la miré con vehemencia.

—¿Qué tiene Ud?—me dijo ella.

—He estado a punto de perderlo todo... Le juro que... la amo... la adoro...

Pero ella no escuchó mis palabras. Afirmada en el parapeto de la escalera, miraba el patio iluminado por la luz vacilante de un reverbero que colgaba de uno de los pilares del corredor. Exhaló un profundo suspiro... Cuánto deseé que este instante se hubiera prolongado! Era delicioso. Los labios de Madame temblaban buscando una palabra furtiva; pero sólo sonreía. De pronto, saltó los tramos, y de arriba me dijo:

—Otra noche hablaremos de su bisabuelo...

Contra lo que me afirmó M. Simon en la tarde, Madame se quedó algunos días todavía. Y esto decidió el final de acontecimientos que nunca hubiera podido prever.

Una noche atravesaron el umbral del salón dos personajes que es preciso ponerlos en cursiva: *el Notario* y *el Juez* de Mercedes.

Madame sentada a la derecha entre las señoras, no fué vista inmediatamente. Yo me hallaba en este instante sofocado entre los gruesos pliegues de una cortina de felpa y me entretenía, con las manos a la espalda, en despedazar una borla desvecinjada. En esta operación hallaba una voluptuosidad extraña, pues la borla al desgajarse iba cubriendo mis dedos de un oro viejo pálido y salobre. No me era casi permitido intervenir en la conversación de las señoras y me limitaba a observar. Hallándome muy cerca de ella pude darme cuenta que se desconcertaba su aliento con la presencia de estos personajes, y poco a poco, fué alargando su perfil, hasta darle una luminosidad que

desconocía, y en la cual veía alentar una sonrisa entre medrosa y profundamente irónica, que fué transformándose, paulatinamente, en un gesto de franca indignación. La actitud del Juez y del viejo Notario, al entrar, era burlona y perfectamente clandestina. Tal era la gentileza fingida de los ademanes del Notario,—cuyos ojos expresaban, cómico asombro de hallar una tertulia tan acabada,—y a quién nunca se podía tomar en serio que parecía entrar simulando un antiguo *pas-de-quatre*.

Madame no se movió de su sitio y siguió conversando con las señoras. Estaba visiblemente herida. Según la donosa costumbre de aquella amable sociedad, los caballeros se saludaban primero entre sí a grandes voces; después si era del caso, venían la señoras. Madame debía ser presentada por una de sus amigas. Pero no ocurrió así. El juez se acercaba ya y ninguna de las señoras, cohibidas sin duda por la entrada original que hicieron estos personajes, hacía ademán de presentarla. No hubo presentación. El Juez, al darse cuenta que tenía al frente una señora muy elegante a quien no conocía se inclinó, como un perfecto cortesano. El Juez, era extraño a la sociedad de Mercedes y no conocía muy a fondo la trama de sus costumbres. Le hubiera bastado una leve inclinación, un aire menos galante, más campechano. Pero era un advenedizo que debía elegir los cánones más estrictos. Aquella noche el juez se inclinó maquinalmente delante de muchas señoras cuyos rostros, cromados por una pátina fluvial, confundía a cada instante en un vaho vehemente que cristalizaba en el sudor trágico de sus sienes. Después de cada una de estas ceremonias que le sofocaban intensamente se llevaba el pañuelo doblado cuidadosamente sobre su frente cubierta de dudas y sombras.

El Notario era una especie de bufón de la sociedad de Mercedes; pero un bufón terrible. Su gracia consistía en practicar una serie de muecas y aspavientos delante de alguna persona advenediza con el fin de amedrentarla y sacar el mejor partido de su infortunio. Presumía saber ocho lenguas, aunque del conocimiento de cada una no se sumaban más de algunas locuciones y proverbios cuya traducción subrayaba él rápidamente. Como de ordinario su fisonomía sonreía aunque no hubiera motivo para ello, nunca se sabía si hablaba en broma o en serio. De suerte que la gente de Mercedes siempre le escuchaba en disposición de reír. Se hallaba ahora en la vena galante. . . Todo le era permitido y tenía un aspecto gallardo bajo el severo macferland que, en pleno salón le cubría como un manto de ceremonias.

El Juez le tomó el brazo para presentarle a Madame. El Notario se alzó con un movimiento automático:

—¿Qué quieres hijo mío? A una espina (se llamaba Jacinto Espina) se la toma con más cuidado.

Sin responder al fingido estupor del anciano, el Juez se inclinó haciendo su trigésima reverencia, opaca, evanescente, y murmuró el nombre de Madame.

Al oír este nombre el viejo expandió el pecho, dando a sus pulmones toda su amplitud. Con los dedos temblorosos se afirmó los lentes y concentró la mirada. Se veía fácilmente que la luz colocada al frente le impedía ver con claridad el rostro de la señora que ostentaba una hermosa prestancia en el salón.

—Madame... cuánto? Madame Leblanc? Oigo murmullos de seda, veo algo de *blanco*. Bien, aunque... no se traducen los apellidos. He conocido tantas madames, pero ninguna tenía apellidos visibles... ostensibles, un apellido como cualquiera otro, que se pronuncia tan suavemente como éste: Madame Leblanc... Voilá!—arguyó el viejo con cierta amenaza echando una mirada de cómico alrededor. Esta grosería pasó inadvertida. Era la señal. Se oyó acto seguido en el salón un siseo muy discreto.

Como siempre el notario prometía un espectáculo ameno. Sin embargo, la sencilla manifestación de confianza de que acababa de ser objeto, pareció conjurar un poco su imprudencia y tornose paternal en un segundo...

—No te veo bien, hija mía,—dijo dulcemente. Y quiero darte las gracias por la entretención que das a mis amigos.

Alzó las manos y las colocó con ademán benévolo sobre los hombros de la mujer que temblaron levemente. Aquella mano apretaba como una herramienta mohosa. Todo esto ocurría debajo del quinqué que iluminaba desde el centro la estancia. Los circundantes de la izquierda vieron sucesivamente comparecer a la luz el brillo de la calva del viejo y la faz de la mujer que sonreía cumplidamente, dándose ya a la pantomima, aunque se veía bien claro que su estupor era considerable.

El viejo dió principio a su farsa bajando los brazos y murmurando con desaliento cómico:

—Eres tú Madame... Madame?

Ahondó una mirada sobre sus ojos para amedrentarla; pero súbitamente, ella irguióse seductora con los ojos entornados expandiendo bajo las narices del viejo toda la onda suave de su pecho.

—Sí, dijo. Je suis Madame Leblanc et je noaurais permis que personne portait la main sur moi si l'age et les sentiments de qui

vient de le faire n'eussent eu droit a toute ma considération et mon respect. . .

Este parlamento suave y enérgico sonó nítidamente. La gente estaba encantada de oír hablar francés; pero el viejo había quedado paralojizado, porque presumiendo hablar corrientemente el francés, no cabía duda que, con las manos grotescamente enlazadas sobre el vientre, trataba de descifrar el contenido de las palabras que acaba de oír. Esto lo perdió definitivamente.

—¿Dices que te has enojado por lo de mis manos? dijo muy humilde mirándose los dedos arrugados y tímidos, lo que él creía el cuerpo del delito.

Madame sin alterarse respondió:

—De ninguna manera. Pero míreme Ud. No ve como sonrío. ¿No me reconoce?

Ocurrió entonces algo imprevisto. A esta frase siguió un largo silencio. El viejo, alentado por el éxito, continuó de su farsa, quedó ante Madame paralojizado en una actitud inesperada. Su cara demostraba asombro, y parecía completamente serio. Había alargado el cuello y miraba a los demás interrogativamente. Su cara quería decir a ojos vista: «Por mucha que sea la estimación que te mereces. . . no te he visto jamás en la vida». Madame le miraba sin alterarse. Finalmente, una sonrisa se dibujó en los labios del viejo:

—Vaya que eres bromista,—pronunció con una voz entre gangosa y de falsete, que era su voz de circunstancias. ¿Qué es lo que quieres hacer creer? . . . Háblame claro, háblame en castellano para que entendamos todos. . . Ya te has reído bastante de tu abuelo. Pues bien: no te conozco, hija mía; no te he visto en mi vida. . . Pero eres simpatiquísima. Y hay que perdonarte. . . Y agregó, muy cortesano, mirando a las señoras estupefactas: Todas Uds. son mis hijas, mis nietas, acaso mis biznietas. Esta señora se burla! . . .

El final de este discurso lo dijo en la misma forma en que había iniciado su farsa. La gente volvió a reírse por el giro que tomaba la farsa. Pero Madame imperturbable, sin atreverse ya a interpretar el sentido de las bromas de don Jacinto, le respondió vivamente:

—Manifiesta Ud. ser un hombre muy culto, que, sin duda, ha viajado mucho. . . Hubiera jurado por sus anteriores palabras que conocía a mi familia, lo que sería un señalado honor para mí. . .

Al oír el término *familia*, toda la gente la miró con asombro. Tomaban así consistencia los rumores que de ella se corrían,

respecto de su condición social, la que, como todos saben, es tenida en gran estima en provincias.

Pero el viejo ya no le oía. Le había dejado muy satisfecho el final de su farsa, y esta inconsciencia, manifestada en la expresión regocijada en su rostro, reanudó, después de un momento la hilaridad general.

* * *

Madame se mantenía pálida y erguida en medio del salón. Sin decir una palabra, miraba con una mezcla de ironía e indignación a don Jacinto, el que, en tanto, olvidado de todo, dispuesto a hacer de las suyas, se acercaba a la mesa de centro, donde la gente hasta entonces había jugado con timidez; y con un gesto de cacique dijo:

—¿Esta es *de* las mesitas mágicas que bailan con los espíritus?

Y sofocando con la diestra la explosión de la pechera almidonada, paseaba la mano por el vientre del mueble en la actitud del mecánico que busca el desperfecto del escape.

Todo el mundo le miraba hacer. De pronto levantó la cabeza y gritó estentóreamente:

—Las barajas!... Las barajas!...

Yo ví a M. Simon deslizarse entre la gente y volver con una caja de naipes. La mesa era una antigua mesa de libro, y el notario, con gran ceremonia, la abría como un Registro. En este momento los ojos de Madame brillaban de un modo imperceptible. Sobre su sien derecha, muy cerca del párpado, había una vena que se hinchaba prodigiosamente. M. Simon trajo los naipes ingleses.

Don Jacinto había llamado a toda la gente a la mesa. Madame se mantenía en reserva. Hasta diríase que le molestaba el entusiasmo que demostraba.

—Vamos a ver,—decía don Jacinto barajando las cartas. Con esto se puede obrar de muchas maneras...

En un instante quedó tendido el juego.

Yo había llegado al borde de la mesa con el fin de pedir cartas. Pero noté que Madame, alejada hasta entonces del círculo, me clavaba los ojos con insistencia. Estuve a punto de renunciar al juego.

—Pocker!... pocker!...—gritaba el viejo, arrimando una silla. Aquí se juega pocker...

Yo pedí cartas. Madame me apretó el brazo y me dijo al oído:

—No juegue... Se lo ordeno!

Sentí un vuelco en el corazón. Pero don Jacinto se había vuelto:

—¿Ayudan Uds. a los huerfanitos?—nos preguntó.

Yo acepté el juego y ella se retiró tan disgustada que creí que ya no la volvería a ver.

En el momento de ofrecer los naipes, el viejo miraba alrededor triunfante.

—Foul!—exclamó.

Inmediatamente su mano se extendió sobre la mesa avasalladora. Pero alguien que estaba de pie le advirtió:

—Cuatro cartas.

Era Robledo. Había aparecido, de pronto, sin ser visto.

La ganancia del mexicano me molestó porque empezaba a tenerle antipatía. Arrojé mis cartas con desdén. Madame se mantenía aún a la expectativa. Sin demostrar ninguna curiosidad por el repentino giro que tomaba el juego en manos del Notario, que ofrecía la banca, fingía hallarse muy interesada en la conversación que le oponía una dama acerca de una toilette de noche.

El Notario sacó un grueso billete y lo extendió sobre la mesa. Inmediatamente cuatro manos pidieron cartas. Yo estaba muy inquieto. No sabía jugar; no conocía la reglas del juego. Pero mis deseos de tentar suerte eran superiores al temor de hacer el ridículo. Lo que me interesaba más era que, a cada instante, ahora sentía sobre mis párpados, sin ver sus ojos, la mirada persistente de Madame, situada al otro lado de la mesa, como una llama que oscilara cerca de mi mejilla. Hubo un instante en que nuestras miradas se cruzaron velozmente. Y no me equivoqué. Madame miraba a Robledo. Sentí que me latía apresuradamente el corazón. En un instante el juego me entusiasmó; jugaría hasta que lo perdiera todo.

A media noche subí a mi estancia y llené mis bolsillos. Acababa de perder doscientos pesos. No pude permanecer un minuto tranquilo allí. Quería vengarme de Robledo por quien ya sentía una viva antipatía.

Entonces y recuerdo este hecho singular: tentado por la aventura escribí unas líneas apasionadas que arrojé bajo la puerta de Madame. Nada se oía dentro de la pieza, y estaba feliz de burlar al mexicano.

Cuando volví al salón, el Notario todavía tenía la banca. En aquel momento se producía alrededor de la mesa de juego una especie de expectación. Busqué con la vista a Robledo, pero me dijeron que había desaparecido, sin poder efectuar ni una sola ganancia, después que salí; pues el Notario muy hábil en el pocker, jugaba con una suerte prodigiosa.

Ahora Madame jugaba. El Notario con la mirada enloquecida repartía las cartas sin darse cuenta de nada. La ganancia le hacía transpirar e imprimía a su rostro huellas profundas de dolor y de fatiga. Su palidez era asombrosa. Hallábase transformado. Se había desprendido del macferland y de pronto los hombros se le habían abatido, el pecho se le hundía y el cogote largo, cubierto de una sustancia escamosa, sustentaba una cabeza pequeña con unas orejas de murciélago.

—Acaba de ganar quinientos pesos,—me dijeron al oído.

No pude recobrar mi asiento. No recordaba bien lo que había ocurrido momentos antes. Sólo parecíame que mi retirada había sido vergonzosa, y que estaba obligado, en mi fuero, a apostar fuerte. Cuando pedí cartas, el Notario me miró con unos ojos indescritibles:

—Perdóneme señor Elgar. El juego se reduce a la señora y a mí.

Era un verdadero duelo. Madame oficiaba con lentitud. La primera apuesta favorecía al viejo. Pero, en seguida, Madame anunció cuatro cartas. Luego cuatro cartas. Don Jacinto la miró fijamente.

—Doblo,—dijo con la voz ronca.

Volvió a ganar Madame. Esta vez ella le miró en una forma extraña, penetrante:

—Doblo,—dijo.

El golpe fué estupendo: el viejo ganaba seiscientos pesos. Entonces ella se levantó.

—Juego los seiscientos.

Don Jacinto se echó para atrás en la silla y exclamó:

—Basta!... Basta!... Si quiere Ud... trescientos...

—Perfectamente.

El Notario extendió con cierta solemnidad los billetes. Esto revelaba que tenía el temor de perder. Llevó las cartas hasta la altura de la frente e inclinándose dijo cortésmente:

—Pierdo, señora...

Pero no había tal pérdida. Parecía muy satisfecho de su juego. Madame había palidecido intensamente.

—Cartas,—dijo.

La fisonomía del Notario empezó a avivarse. Ofreció los naipes a Madame con un exceso de cortesía. Madame reunió su juego, mientras su rostro que no expresaba la más ligera alteración era el blanco de todas las miradas. En cambio el viejo tras los naipes, estaba agitadísimo. Volvió las cartas a la luz.

—Su juego, señora: cuatro cartas.

(Concluirá).